

Hacia algún tiempo, había matado á un hombre, no por interés, ¡Dios lo sabía!, sino en propia defensa. Pero, aun en este caso, la religión prohibía matar. El mismo obispo le había concedido el apoyo de otros hermanos, con la condición de que no se derramase sangre. Todo había sucedido involuntariamente, pero el Señor le había dotado de excesiva fuerza. Los otros, mientras trabajaban en el molino, cantaban; él, en cambio, hacía penitencia, confesando su delito y llorando la ofensa inferida al Redentor. ¡Cuánto había llorado y rezado! Y sentía que la expiación no había concluído. Ahora había prometido matar á un traidor, y no había en ello mal alguno, porque los cristianos debían perdonar las ofensas hechas á ellos mismos, pero no las que se inferían al Señor. Sin embargo, Glauco debía ser condenado antes por los presbíteros, por el obispo y por el apóstol. Matar no es difícil, y si se trata de un traidor, causa tanto placer como matar á una fiera. ¿Pero si Glauco fuese inocente? ¿Cómo podía cargar su conciencia con un nuevo delito, con una nueva ofensa al Salvador?

— No queda tiempo para abrir un juicio, hermano mío, dijo Quilón. El traidor saldrá directamente del Ostriano para Anzio, donde se halla César, ó se esconderá tal vez en casa de un patricio á quien sirve. Te daré una contraseña. Si la muestras, después de llevar á cabo tu cometido, el gran apóstol y el obispo te bendecirán.

Sacó una moneda y con un cuchillo que llevaba á la cintura grabó una cruz sobre el metal. Después entregó la moneda al gigante.

— Esta es la condena de Glauco y la contraseña para ti: muerto el traidor, muéstrasela al obispo y te perdonará el delito cometido, á pesar tuyo.

Instintivamente, Urbano tendió la mano para tomar la moneda; pero el recuerdo del delito anterior le detuvo.

— ¡Oh, padre mío!, dijo suplicante; ¿tomarías sobre tu conciencia semejante acción? ¿Estás seguro de la traición de Glauco?

Quilón comprendió que, para alcanzar su objeto, debía enseñar pruebas, citar nombres. De pronto, se le ocurrió una idea felicísima.

— Escúchame, Urbano, le dijo; yo vivo en Corinto, pero ahora vengo de Cos. Allí he instruído en la doctrina cristiana á cierta esclava llamada Eunica, que sirve en la casa de un amigo de Nerón, Petronio. En aquella casa averigüé que Glauco intentaba hacer traición á todos los cristianos y que había prometido además á otro amigo de César, Vinicio, buscar entre los cristianos á una joven por quien aquél se interesaba.

Paróse en firme y miró asombrado al extranjero, cuyos ojos se habían enrojecido de sangre, como los de una fiera, y cuyo semblante denunciaba la ira más terrible.

— ¿Qué hay?, le preguntó Quilón, casi temblando.

— ¡Nada, padre mío! ¡Mañana mataré á Glauco!

El griego calló. Pocos momentos después, cogiendo del brazo al gigante, lo colocó de manera que la luz de la luna se reflejase en su rostro, y sin pestañear, lo miró largo rato. Quilón, sin duda, pensaba en si hubiera sido mejor para él escudriñar más detenidamente los secretos de aquel hombre, ó contentarse con lo que ya sabía y suponía.

Triunfó la prudencia. Lanzó un profundo suspiro, y poniendo con solemnidad su mano sobre la cabeza del operario, le preguntó lentamente:

— ¿El nombre de Urbano te fué impuesto en la sagrada fuente?

— ¡Sí, padre!

— ¡La paz del Señor sea contigo!

## XVIII

## «PETRONIO Á VINICIO

»El caso es grave, y es muy cierto que Venus te ha llenado de confusión el espíritu, te ha quitado la razón, la memoria y la fuerza de voluntad para pensar en otra cosa que no sea el amor. Repasa tu contestación á mi carta y verás cómo te es indiferente todo lo que no sea Licia; cómo tu pensamiento, preocupado sólo con su imagen, gira alrededor de ella, como el halcón en torno de su presa. ¡Por Pólux! Encuéntrala pronto, de lo contrario corres peligro de convertirte en aquella esfinge egipcia, que, según se refiere, se enamoró de la pálida Isis, mostrándose indiferente y sorda á todo lo demás, y vivía esperando la noche para contemplar, con los ojos petrificados, á su amada. Recorre de noche las calles disfrazado, frecuenta las casas de oración acompañado de tu filósofo: lo que alimenta la esperanza y entretiene el tiempo, siempre está bien. ¡Mas, por amor de nuestra amistad, obra como yo te aconsejo! Ursus, el esclavo de Licia, es un hombre de fuerza extraordinaria. Lleva contigo á Crotón, además del filósofo, y salid los tres: iréis más seguros. Desde el momento en que Licia y Pomponia son cristianas, hay que suponer que los de esa secta no son unos bribones y desalmados, como algunos los pintan; pero si una oveja de su grey se halla en peligro, entonces saben luchar valerosamente, como se ha demostrado en el caso de Licia. Tú, en cuanto la veas, ¡estoy seguro!, no sabrás contenerte y pretenderás llevártela en seguida; pero, ¿cómo lograrás tal intento con Quilón? Crotón, en cambio, te defendería á la joven hasta contra diez Ursus. Procura que Quilón no te desplume, pero no escatimes el dinero á Crotón; de todos mis consejos, éste es el mejor sin duda.

»Aquí nadie habla de la pequeña Augusta y del maleficio operado sobre ella. Popea la nombra de cuando en cuando, pero el espíritu de César anda ocupado en otras cosas, y si es verdad que la divina Augusta se halla en *cierto estado*, el recuerdo de la pobre muerta se desvanecerá muy pronto. Estuvimos algunos días en Nápoles, antes de dirigirnos á Baia. Si no has perdido el juicio por completo, debe llegar á tus oídos un eco de nuestra vida, porque supongo que en Roma no se hablará de otra cosa. En cuanto llegamos á Baia nos asaltaron los recuerdos maternos y los remordimientos. ¿Sabes hasta dónde ha llegado Nerón? Hasta el punto de servirse del asesinato de su madre como argumento para sus poesías y escenas tragicómicas. Su naturaleza cobarde le hizo sentir remordimientos una vez; ahora, desde que se persuadió de que la tierra no tiembla bajo sus pies y de que ningún dios piensa en la venganza, finge angustias y dolores para conmovér á los demás. Alguna vez, por la noche, le ataca el delirio de que le persiguen las furias, nos despierta á todos, nos mira, y asume la actitud de un comediante, pero de un comediante miserable, en el papel de Orestes; declama versos griegos y observa atenta-

mente si nosotros le admiramos. Al parecer, le satisfacemos; y en vez de decirle: «¡Vete á dormir, bufón!» secundamos su ilusión, fingiendo defender contra las furias al genial artista. ¡Por Cástor! A lo menos debes tener noticias de la representación pública que dió en Nápoles. Todos los vagabundos griegos de esta ciudad y de sus alrededores fueron invitados y llenaron el Anfiteatro con su peste de ajo y de sudor; yo dí gracias á los dioses por no hallarme entre el séquito de Augusta en las primeras filas, sino en la misma escena, cerca de Nerón, que estaba verdaderamente impresionado. Me tomó la mano y se la puso sobre el corazón, que le palpitaba con inusitada frecuencia; su respiración era fatigosa, y tenía la frente bañada en sudor. Al presentarse ante el público estaba blanco como el pergamino; pero observó que ocupaban varios asientos, convenientemente distribuídos, los pretorianos, armados de palos, para excitar el entusiasmo en caso necesario. Pero no llegó este caso. Ni las monas de los alrededores de Cartago podían haber aullado de aquella manera.

»Te aseguro que el olor de ajo llegaba hasta la escena; pero Nerón se inclinaba, se oprimía el pecho con las manos, y echaba besos, llorando enternecido. Después, lanzándose como un ebrio sobre nosotros, exclamó: «¿Qué eran los triunfos de Julio comparados con los míos?» El pueblo continuaba aullando y aplaudiendo por propia conveniencia, á cambio de regalos, banquetes, loterías y alguna otra representación del bufón imperial. Sus aplausos me sorprendían, pues no había visto espectáculo semejante hasta aquella tarde.

»César repetía á cada momento: «¿Ves lo que son los griegos?» Me parece, desde entonces, ver aumentado su odio contra Roma; sin embargo, se enviaron á esa ciudad mensajeros para anunciar el triunfo, y ahora se espera el reconocimiento del Senado. Inmediatamente después de la primera representación de César, ocurrió un extraño suceso. El teatro crujió, dando una sacudida, como por efecto de un temblor de tierra. No hubo que lamentar ninguna víctima. Muchos, algunos griegos entre ellos, atribuyeron el hecho á la ira de los dioses por el envilecimiento de la dignidad de un César; Nerón, en cambio, reconoció un favor de los dioses, que habían protegido su canto y la vida de los que le oyeron.

»En Nerón creció el deseo de partir para la Acaya; pero hace algunos días me preguntó qué pensaría el pueblo romano y si no se rebelaría por su amor y por temor de que, faltando César, se suspendiesen las diversiones y la distribución del grano.

»A pesar de estas preocupaciones, nos vamos á Benevento, para presenciar el modesto esplendor en que cree brillar Vatinio, y luego, bajo la protección de los divinos hermanos de Helena, nos trasladaremos á Grecia. En cuanto á mí, he aprendido que un hombre que vive entre locos acaba por volverse loco también, y hasta encuentra ciertos atractivos en estas locas bufonadas.

»Grecia y el viaje sobre mil naves, una especie de triunfo de Baco, con relativas ninfas y bacantes con coronas de mirto, de pámpanos y de hiedra; mujeres vestidas con pieles de tigre, flores, gritos y vivas, música, poesía y... ¡quien quiera más, que pida! Pero nuestros proyectos no terminan con esto. Queremos fundar una especie de imperio oriental, un reino todo de palmas, de rayos de sol, de poesía..., ¡queremos transformar en realidad el sueño! Queremos olvidar á Roma y establecer el centro del mundo en otra parte, entre Grecia, Asia y Egipto; no vivir la vida del hombre, sino la de los dioses; navegar en barcas doradas, á la sombra de velas purpúreas, por todos los mares; ser al mismo tiempo Apolo, Osiris y Baal; rosados con la aurora, dorados con el sol, plateados con la luna. ¡Mandar, cantar, soñar! ¿Y querrás creer que yo también, aunque conservo un poco de juicio, me dejo trans-

portar por tales fantasías á las regiones que, si no son posibles, son siempre grandiosas y extraordinarias? Semejante reino fabuloso les parecería un sueño á las futuras generaciones. Si Venus no tomase alguna vez la figura de Licia ó de Eunica, ó bien, si el arte no embelleciese el mundo, entonces sería diferente, porque la vida es una cosa vacía y, generalmente, estúpida. Pero *Enobarbo* no pondrá en ejecución tales proyectos, porque en su sueño fabuloso de *lo bello* y de *lo oriental* no encuentra lugar para la traición, para la vulgaridad y para la muerte, y él, á pesar de su actitud de poeta, no es más que un miserable comediante, un auriga mediocre y un tirano frívolo. ¡El que no le gusta debe desaparecer de la tierra! El pobre Torcuato Silano pertenece ya al reino de las sombras; hace pocos días, se le obligó á abrirse las venas. Lecanio y Licino entrarán con terror en el consulado. El viejo Tráseas escapará difícilmente á la muerte. Tigelino no ha logrado aún que se dicte la orden de que me desangre. Si me necesita, no sólo como colaborador, sino como hombre, sin cuyo consejo y buen gusto el viaje á la Acaya no tendría buen éxito, no complacerá á Tigelino. Más de una vez me ha asaltado el pensamiento de que, más tarde ó más temprano, me espera ese fin, ¿y sabes por qué? Porque *Enobarbo* no puede obtener aquel cáliz que tú conoces y que tanto te gusta. Si estás á mi lado á la hora de la muerte, tú lo tendrás; si estás lejos, lo romperé. Entretanto, aún tengo ante mí Benevento y la olímpica Grecia; y el hado, que es desconocido, guía á todos los hombres por el camino que trazó á cada uno.

»No te olvides de tomar á Crotón á tu servicio, de lo contrario te robarán otra vez á Licia. Si no necesitas á Quilón, mandámelo dondequiera que me encuentre. Quizás haré de él otro Vatinio, y ¡quién sabe si algunos cónsules y senadores temblarán en su presencia! Sería un espectáculo en extremo interesante. Cuando hayas encontrado á Licia, comunicámelo, porque en este templo de Venus sacrificaré por entrambos gran número de cisnes y de palomas. En sueños he visto á Licia á tu lado, radiante de felicidad. Procura que el sueño sea una profecía. Te deseo que ninguna nube venga á oscurecer tu cielo y que, si alguna ha de haber en él, tenga los colores y el perfume de la rosa. *Vale!*»